
Casi todo lo que usted desea saber sobre los efectos de la energía nuclear en la salud y el medio ambiente de Eduard Rodríguez Farré y Salvador López Arnal 165
Óscar Carpintero

Sendas de la democracia. Entre la violencia y la globalización de Fernando Quesada 170
Fernando Riutort Serra

Migraciones transnacionales y medios de comunicación. Relatos desde Barcelona y Porto Alegre de Denise Cogo, María Gutiérrez y Amparo Huertas (Coords.) 172
Alejandro Barranquero

La nueva izquierda en América Latina de Daniel Chávez, César Rodríguez Garavito, Patrick Barret (eds.) 175
Alfredo Ramos Pérez y José Luis Fernández Casadevante

CASI TODO LO QUE USTED DESEA SABER SOBRE LOS EFECTOS DE LA ENERGÍA NUCLEAR EN LA SALUD Y EL MEDIO AMBIENTE

Eduard Rodríguez Farré y Salvador López Arnal

El Viejo Topo,
Barcelona, 2008.

307 páginas

Hace más de tres décadas, el 21 de septiembre de 1977, el físico Amory Lovins comparecía ante el Subcomité de Ambiente, Energía y Recursos Naturales del Congreso de Estados Unidos, e iniciaba su comunicación con estas contundentes palabras: “La energía nuclear está muerta. Como puede considerarse muerto un brontosaurio con la espina dorsal quebrada que, tan grande como es y con tantos ganglios nerviosos cerca de la cola, continúa agitándose sin saber que ha muerto hace tiempo”¹.

Efectivamente, hasta hace pocos años, la mayoría de las personas con sensibilidad ecológico-social solían coincidir en esta afirmación: una de las victorias más importantes del movimiento pacifista y ecologista de las últimas décadas era haber logrado el desprestigio, estancamiento y retroceso en la utilización de la energía nuclear a escala mundial. Sin necesidad de recordar las terribles consecuencias que tuvo el uso militar de esta tecnología en el siglo XX (Hiroshima y Nagasaki), la mera enumeración de los “accidentes” ocasionados en plantas nucleares para “uso civil” ya desde la década de 1950 (Mayak en Rusia, Windscale en Gran Bretaña, Three Mile Island en Estados Unidos, o Chernobil en Ucrania, ...), parecía prueba suficiente del despropósito de esta “alternativa” energética.

No en vano, desde los años sesenta del siglo XX se fueron dando contundentes razones y

argumentos que revelaron el peligro militar, social, ecológico, y el despilfarro económico del negocio nuclear. Afortunadamente, en apoyo de esas razones y argumentos se aliaron, desde el comienzo, la mejor ciencia *con conciencia* de las últimas décadas, y los movimientos sociales más activos en la defensa de “una humanidad justa en un planeta habitable”: Bertrand Russel, Albert Einstein, Barry Commoner, Amory Lovins, Joseph Rotblat, el movimiento ecopacifista de los setenta y ochenta con figuras como el británico Edward Thompson, o en España, el papel fundamental desempeñado por el movimiento antinuclear.

Sin embargo, parece que también aquí, “lo peor es creer/ que se tiene razón por haberla tenido/ o esperar que la historia devane los relojes”, como nos recuerda un hermoso verso de José Ángel Valente. En efecto, dos décadas después del “accidente” en Ucrania que, con sus miles de muertos, significó la puntilla a la expansión de la industria nuclear para “uso civil”, nos encontramos con que aquella tragedia no fue la definitiva. A la vista de los recientes discursos y declaraciones públicas a favor de la energía nuclear en varios países, parece que para tener razón otra vez no basta con haberla tenido en el pasado, sino que “hay que volver a tenerla de nuevo”. Y para este cometido, para volver a tener razón ahora, la conversación en forma de libro entre Eduard Rodríguez Farré y Salvador López Arnal, supone una excelente herramienta. Por varios motivos.

El primero de ellos es la solvencia. Eduard Rodríguez Farré, médico especializado en radiobiología, toxicología, farmacología y neurobiología, y Subdirector del Instituto de Investigaciones Biomédicas del CSIC en Barcelona, es uno de nuestros científicos más importantes en ciencias de la salud. Pero también es un científico de primera línea que —desde su participación en la creación del Comité Antinuclear de Catalunya (CANC) en 1977 hasta su reciente presidencia de la Asociación Científicos por el Medio

¹ A. Lovins, *La alternativa energética*, Miraguano Ediciones, Madrid, 1979, p. 7.

Ambiente (CiMA)— ha dado muestras de su compromiso en las luchas por una sociedad más justa y ecológicamente responsable. A estos méritos de Rodríguez Farré, hay que unir el buen hacer, la inteligencia y el rigor en las cuestiones formuladas por el entrevistador Salvador López Arnal. Un papel que a veces no es sencillo de realizar pero que los buenos oficios de López Arnal resuelven con gran agudeza. En este extremo no podemos más que sumarnos a las palabras con las que Joaquim Sempere cierra su epílogo: “Es una garantía adicional de la seriedad de las páginas que siguen el hecho de que el entrevistador sea Salvador López Arnal, especialista en filosofía de la ciencia y tenaz defensor de una ciencia desprejuiciada y atenta, ante todo, a la búsqueda sin anteojeras de la verdad”.

Con estos mimbres, no debe extrañar que el resultado sea muy recomendable. Por un lado, porque cumple sobradamente el objetivo de informar con rigor y con el afán de “*ser claros, concisos, no presuponer conocimientos previos en los lectores y abarcar, sucintamente, los numerosos y diversos aspectos relacionados con la industria nuclear, en sus aspectos civil y militar, desde el funcionamiento de una central, hasta el uso efectivo de armamento nuclear, pasando por los residuos radiactivos y la posibilidad de vivir sin nucleares*”. Ahora bien, esta forma de argumentar no se improvisa. Parte de una convicción que enlaza con antiguas aspiraciones (especialmente defendidas en España por Manuel Sacristán), y que merece la pena que el lector o lectora de este libro conozcan: “*que la ciencia, los saberes científico-tecnológicos, no sólo son instrumentos del adversario sino que son, por el contrario, un aliado imprescindible para la búsqueda de nuevas formas económicas y energéticas, respetuosas con el medio ambiente y con los seres humanos, que posibiliten una vida mejor, más segura, más sosegada, menos desigual y más justa. Sin saber contrastado y revisable sin ciencia asentada y públicamente transparente, se ignora más, y cuanto más se ignora, los errores públicos, y privados, son mayores, y la posibilidad de*

manipulación de la opinión y de las creencias ciudadanas se incrementa geométricamente. Desde luego, no basta con el conocimiento (...) es cada vez más urgente la necesidad de una alianza sólida entre la ciencia crítica —no supe- ditada a las abultadas cuentas de resultados de los poderosos— y los movimientos sociales transformadores, esos activos e imprescindibles grupos sociales que ahora llamamos fuerzas alterglobalizadoras o altermundistas”. Con este objetivo y este enfoque, el lector o lectora de estas páginas encontrará en ellas varias cosas de mucho interés.

En primer lugar, no solo recordará la plena vigencia de los antiguos argumentos contra la energía nuclear, sino que a esto añadirá los resultados de las investigaciones llevadas a cabo en las últimas dos décadas —varias de ellas protagonizadas por el propio Eduard Rodríguez Farré— que documentan nuevos efectos nocivos de la radiación de origen nuclear sobre la salud humana y los ecosistemas.

En segundo lugar, el libro adopta una perspectiva de “ciclo de vida” a la hora de analizar los problemas de la energía nuclear, poniendo de relieve que sus efectos no solo se circunscriben al funcionamiento de las centrales, sino que van más allá. Los diferentes capítulos recaen tanto sobre los efectos (ambientales, sociales, políticos y económicos) de la extracción de uranio en la minas, como sobre su concentración, la fase de separación de los isótopos (“enriquecimiento”), el funcionamiento de las plantas nucleares y, finalmente, la gestión de los residuos radioactivos.

Esto permite, a su vez, *desmantelar algunos mitos viejos y nuevos* (abundancia de esta fuente energética, independencia, emisiones cero de dióxido de carbono, distinción entre uso civil y militar, seguridad en la gestión de los residuos,...) sobre los que se está apoyando el nuevo “resurgimiento” de lo nuclear en el actual contexto de crisis energética y cambio climático. Por ejemplo, la tesis de la abundancia de recursos para generar electricidad de origen nuclear pasa por alto algunos cálculos básicos respecto

a la fase de extracción del uranio —recordados por Marcel Coderch y que son complementados por los autores—, a saber: que sustituir la generación de electricidad actual con cargo a los combustibles fósiles por reactores nucleares para el 2030, supondría construir 4.700 reactores de 1GWe cada dos días durante los próximos 25 años. Esto incrementaría las extracciones de uranio desde las 45 mil toneladas/año actuales a las 700 mil toneladas/año, lo que da lugar a 400 millones de toneladas en 60 años. Algo absurdo sabiendo que las reservas totales localizadas se sitúan en 3,2 millones de toneladas y las hipotéticas en otros 11 millones de toneladas.

A este razonamiento habría que añadir, como sostiene Rodríguez Farré, dos efectos notables: a) arrancar el uranio del subsuelo supone liberar en la biosfera sustancias radiactivas que estaban retenidas en la corteza terrestre de forma segura, envenenando así los ecosistemas y las personas (el ejemplo de deterioro en la salud y muerte de los trabajadores de la minería del uranio es palmario); y b) dadas las leyes de concentración de este mineral en la corteza terrestre y su parte aprovechable para fines nucleares (el uranio-235 fisionable), la “mochila de deterioro ecológico” del uranio y el impacto ambiental resulta exorbitante: para obtener 7 gramos de uranio-235, hay que remover más de 1.000 kilogramos de mineral.

No parece tampoco que la generalización de energía nuclear reduzca la dependencia energética de los países, habida cuenta de que sólo unos pocos dominan el ciclo completo del combustible nuclear, y los yacimientos de uranio están también concentrados en contados territorios. Como se indica en el texto, en España, por ejemplo, el abastecimiento de las centrales depende por completo de las fábricas norteamericanas. Pero algo similar se puede decir del “gigante nuclear” francés, que depende casi por completo del continente africano (Níger, Costa de Marfil, Benin) para abastecerse del uranio necesario, lo que se asegura a su vez, recurriendo a nefastas prácticas neocoloniales de control

de los yacimientos en esos países. El caso de Níger, descrito por Rodríguez Farré, cuyos recursos son explotados y dominados sin miramientos por el gobierno francés, aparte de poner los pelos de punta, constituye un ejemplo evidente de intercambio económico y ecológico desigual. Todo ello, para colmo, en una época en la que algunos querrían dar ya por superadas las tesis de los economistas dependentistas.

En la fase de generación de electricidad, las décadas de funcionamiento de centrales nucleares han permitido establecer solventes y documentados estudios epidemiológicos y radiobiológicos que demuestran la relación entre la exposición a los elementos radiactivos de diferente intensidad (estroncio-90, Cesio-130, Plutonio-239,...) y el incremento en el número de cánceres y enfermedades en los trabajadores y en las poblaciones circundantes respecto a las tasas de tumores en la población no expuesta (cáncer de tiroides, de huesos, leucemia, patologías gastrointestinales, hepáticas, renales, etc). Varios apartados del texto dan cuenta de estos resultados; explican con claridad los conceptos fundamentales y sus relaciones; la forma en que los diferentes tipos de radiación (interna o externa) llegan a nuestro organismo; sus efectos sobre los distintos órganos del cuerpo (pulmón, tiroides, huesos,...); o, en fin, cómo los científicos han ido reduciendo los “umbrales” permisibles de radiactividad desde los años 1950, reconociendo tácitamente que no existe una dosis de radiación mínima por debajo de la cual no exista peligro, (“cualquier cantidad es peligrosa si consideramos que el resultado es probabilístico”).

Pero también se apuntan en el libro otras consecuencias no tan conocidas. Las radiaciones ionizantes están provocando en muchos casos lo que se denomina “estrés oxidativo”, que tiene implicaciones sobre la destrucción de proteínas, membranas, disminuye la inmunidad, ocasiona envejecimiento y trastornos de tipo endocrino, o, incluso, alteraciones neurológicas.

La última fase del proceso es, seguramente, uno de los principales talones de Aquiles de la energía nuclear: la gestión y almacenamiento de

los residuos radiactivos. Si las anteriores razones valen, por sí solas, para que una sociedad deseche la generación de electricidad a partir de centrales nucleares (habida cuenta de que las alternativas existentes son mucho menos peligrosas y dañinas), resulta todavía más difícil contestar *racionalmente* a esta pregunta: ¿cómo es posible que proliferen centrales nucleares que, para generar electricidad, produzcan cientos de toneladas de residuos altamente contaminantes, cuya vida y actividad duren cientos, miles y millones de años? Naturalmente, cualquier empresa que tuviera que hacerse cargo de los costes de almacenamiento, gestión y vigilancia de esos residuos durante ese dilatado período de tiempo se pensaría dos veces la puesta en marcha de dicha central. Por suerte para la empresa —pero por desgracia para la sociedad—, son los Estados los que, con el dinero de los contribuyentes sufragan dichos costes de almacenamiento y vigilancia. Pero ni siquiera esta opción garantiza la seguridad y evita de ningún modo el peligro. Rodríguez Farré lo expresa con brillantez: *“Es un poco absurdo pensar —o altamente arriesgado si se prefiere— que puede existir una institución humana que permanezca millones de años vigilando, controlando algo con eficacia. Las instituciones más antiguas que conocemos son la burocracia china y la Iglesia católica. La primera tiene algo más de 2.000 años de existencia y la segunda debe tener unos 17 siglos de antigüedad como poder con capacidad de control. Pensar que dentro de 10.000 o 20.000 años puede haber algún organismo que siga vigilando el plutonio que se está generando ahora es, según creo, totalmente ilusorio o, acaso, ingenuamente optimista”*. El economista ecológico, Nicholas Georgescu-Roegen, solía alertar también sobre el peligro de creer que, por cuidar de nuestros hijos, y nuestros hijos de los suyos, etc., las generaciones futuras se encontrarán en buenas manos: parece que a nadie se le ha ocurrido pensar si la relación “cuidar de” es realmente transitiva...

Sin remontarse al futuro, no sólo se trata de cargar los costes ambientales y la contaminación

sobre las espaldas de la colectividad durante siglos, sino también de hacerlo en el presente con una buena parte de los costes de la fase de construcción de la propia central. Esta es, precisamente, una de las claves que hacen de las nucleares un auténtico negocio (es la fase más rentable con diferencia) como se pudo ver en España a finales de los setenta, y se ha podido constatar en el resto de los países de manera similar. De hecho, esta forma de energía tan nociva y peligrosa ni es “rentable”, ni sería posible si no fuera por las socialización de pérdidas y costes que se realizan en su ejecución. Lo que resulta evidente si nos percatamos que, desde 1994 en que se derogó la moratoria nuclear en España y ya no existen impedimentos, ninguna compañía se ha atrevido *por sí sola* a planificar y construir una central de estas características. En el libro se insiste en estos y similares aspectos con total claridad y rigor.

El mismo análisis de todo el ciclo del combustible nuclear permite a Rodríguez Farré desmontar el viejo mito de la independencia de los usos civil y militar de esta fuente de energía. Por un lado, ya desde el inicio, las centrales nucleares fueron construidas para obtener el plutonio (residuo) necesario para fabricar bombas atómicas. Además, no por casualidad, se da la circunstancia de que los países con mayores centrales nucleares y, por tanto, más reservas de “plutonio civil”, son los que simultáneamente poseen mayor armamento nuclear.

Pero no sólo al plutonio para la fabricación de bombas se circunscriben las relaciones entre industria nuclear “civil” y militar. Como se argumenta en el texto, entre los residuos radiactivos generados en todo el proceso se encuentra el uranio “empobrecido” —con una vida media de 4.500 millones de años— utilizado por la industria armamentística para incrementar la capacidad de perforación de los proyectiles. Rodríguez Farré es aquí también contundente: *“más de 1.000 toneladas [de uranio “empobrecido”] por cada carga entera de combustible en un reactor, que la industria nuclear regala —insisto; regala!—, a coste cero, a las fábricas de armamento*

para ser utilizadas en el recubrimiento de todo tipo de munición, desde misiles hasta obuses de cañón”.

Por último, de similar forma cabe responder al mito de la energía nuclear como solución al cambio climático. Un análisis del ciclo de vida nuclear completo permite ver que la generación de un kwh de electricidad lleva asociadas numerosas emisiones de dióxido de carbono debido a la quema de combustibles fósiles en las fases de extracción y tratamiento del uranio, el transporte de los minerales y residuos, su gestión, etc, por lo que el balance final está lejos de ser nulo. Tal y como afirma Rodríguez Farré, el resultado se encuentra entre 1/3 y 1/5 de las emisiones de dióxido de carbono de una central térmica de ciclo combinado de similar potencia.

Junto a todas estas consideraciones generales, el libro dedica además especial atención a la situación española desde una perspectiva histórica. En sendos capítulos se revisan las previsiones nucleares de los planes energéticos desde los años setenta, sus vinculaciones con el poder político, la vergonzosa actuación de los órganos de supervisión (Junta de Energía Nuclear y Consejo de Seguridad Nuclear), el coste de la moratoria nuclear y el gran negocio que ésta ha sido para las compañías eléctricas en términos de indemnizaciones,... Todo ello es enjuiciado por Rodríguez Farré con lucidez no exenta de ironía. Al igual que el relato de la caída de cuatro bombas de hidrógeno (dos de ellas explosionaron) en Palomares (Almería) en 1966, cuya gravedad y ocultación de información es analizada con detenimiento gracias a que el propio Rodríguez Farré participó en un estudio de seguimiento en 1985. Las conclusiones ya hace dos décadas eran suficientemente preocupantes y graves, tanto respecto a las consecuencias en la salud de una parte de la población, como a la contaminación radiactiva de la zona. Ésta última llegó a ser, en algunos años, *“la zona habitada de la Tierra con mayores niveles de contaminación transuránicos (...) a finales de los años 80, (...) 2.500 a 3.000 veces superior a la media depositada en el hemisferio norte por las prue-*

bas atómicas en la atmósfera”. De hecho, un informe del Consejo de Seguridad Nuclear elaborado en 2001 (a petición del Congreso de los Diputados) llamaba la atención sobre la preocupante situación y el incremento del riesgo radiológico *por inhalación o por ingestión de cultivos*, lo que, de paso, ha sido convenientemente ocultado para no desalentar el turismo e influir en el último boom inmobiliario de la zona...

En definitiva, todo hace que éste sea un libro en el que merece la pena detenerse con provecho. Además, por si las razones vertidas no fueran ya suficientes, su edición incorpora cinco excelentes textos que complementan su contenido central, a saber: 1) la presentación de Jorge Riechmann poniendo los puntos sobre las íes en la polémica generada por James Lovelock y su apoyo a la energía nuclear; 2) el sugerente e irónico prólogo de Enric Tello llamando la atención sobre quiénes son ahora los “utópicos” y quiénes hacen el papel de “realistas” en la controversia sobre la energía nuclear; 3) la coda final de Santiago Alba sobre el trágico caso de Claude Eatherly y el drama del arrepentimiento; 4) el epílogo de Joaquim Sempere ofreciendo inteligentes cabos para orientarse en esta era final de los combustibles fósiles, y 5) la nota final de Joan Pallisé resaltando la necesidad del debate democrático y la participación informada en asuntos públicos como éste, pues no es necesario ser científico ni ingeniero para terciar en la polémica, sino simplemente un ciudadano responsable.

Todo el conjunto constituye una magnífica herramienta para lo que nos espera. Pues sabemos, como sabe Rodríguez Farré, que en este asunto de la energía nuclear, —y en tantos otros—, *“la movilización ciudadana, la crítica científica, el debate público, la información contrastada, las nuevas alternativas, y el estar muy alerta ante los nuevos intentos, van a ser decisivos”.* Estemos, pues, preparados.

Óscar Carpintero

Profesor de Departamento de Economía Aplicada de la Universidad de Valladolid

SENDAS DE LA DEMOCRACIA.
ENTRE LA VIOLENCIA Y
LA GLOBALIZACIÓN.

Fernando Quesada

Trotta

Madrid, 2008

389 páginas

El libro de Fernando Quesada que comentamos presenta múltiples tesis y argumentos, incluyendo en un mismo entramado, autores, temas, y diagnósticos crítico-históricos, entorno a las narrativas de la democracia en la actualidad, ubicadas entre la violencia y la globalización. En los textos recopilados, la hermenéutica crítica se da la mano con la crítica ideológica, con la teoría social y con la filosofía de la historia, en la reiterada interpelación sobre las sendas de la democracia en la era global. La filosofía política de nuestro autor se halla en tensión permanente, haciendo un ímprobo esfuerzo por recoger críticamente los latidos del devenir actual de la relación teoría-praxis de la democracia. El libro es una singular y relevante reflexión crítica desde la filosofía política y las ciencias sociales para quienes pretenden entender las orientaciones de sentido en la era global, sin refugiarse en convenciones académicas formales.

I) Para Quesada, en la filosofía griega reverberan las razones y orientaciones político-morales de los ciudadanos; filosofía y democracia se instituyen en su relación. En este discurrir filosófico-político se forma el *primer imaginario político secular* que deja su impronta en el devenir de la política occidental, incluso cuando lo niega.

El *imaginario político moderno* se refleja en el contrato social de las constituciones estatales. Sus emblemas son las declaraciones de derechos americana y francesa. El reverso de la modernización es la explotación de las poblaciones, los trabajadores, y las terribles guerras de expansión. Las promesas del siglo veinte de extender y profundizar la democracia en el

espacio público-político se funda en “verdades” que las *niegan*; guerras civiles, conflagraciones mundiales y violencia implícita en la “Guerra Fría”. El *miedo* al *otro* ejerce de instrumento de *normalización* de la política; la oposición amigo-enemigo. La victoria del capitalismo liberal sobre su opositor, el estatismo comunista, significa el triunfo del tipo antropológico representado por el “individualismo posesivo” y del tipo político recluso en el “privatismo”. La conjunción de todos estos elementos adelgaza el lugar de *la* política democrática hasta reducirla a mera forma vacía de vida pública.

II) Para Quesada, los *lenguajes dominantes de la política* interpretan la democracia existente de manera harto reducida y sesgada, *funcional* con el poder expansivo del capital, desvirtuando y negando los *lenguajes emancipadores* clásicos y modernos que la habían pensado. La *hermenéutica crítica* de tal desvirtuación y negación le conduce a una *crítica* al pensamiento liberal dominante, propugnando la *formación* de prácticas alternativas democráticas. En sentido fuerte, propugna la emergencia de un *programa* de investigación para la filosofía política que renueve el sentido emancipador, promoviendo la formación de un *tercer imaginario político secular y democrático*.

Nuestro autor, en el transcurrir de su hermenéutica-crítica, plantea un torrente de críticas fundadas y radicales referidas a las obras de algunos de los representantes más punteros de las diversas tendencias liberales, en sentido amplio, que han racionalizado, teorizado, reducido, y legitimado la democracia en las cuatro últimas décadas del siglo veinte; realismo político positivista, fundamentalismo de mercado, contractualismo político liberal, tercera vía social-liberal, comunitarismo liberal, social-liberalismo-dialógico, posmodernismo liberal, y libertarismo posmoderno, aparecen a través de las figuras de; Sartori, Huntington, Ohmae, Rawls, Rorty, Giddens, Habermas, Walzer, y Lyotard. La lectura de Quesada, sin duda, es una contribución discutible y valiosa, en un contexto académico-mediático de lecturas faltas de

crítica, más preocupadas por la legitimación y el reconocimiento de los poderes hegemónicos anglosajones que por el compromiso intelectual y ciudadano.

III) Los terribles acontecimientos del 11-S, consecuencia del atentado terrorista de Al Qaeda, sirvieron a la entrada en la política internacional de dos fundamentalismos enfrentados: Estados Unidos respondió con la auto-otorgada sagrada misión de combatir donde y como fuera al causante del brutal ataque.

Para Quesada, el fundamentalismo se construye en el *enfrentamiento* amigo-enemigo; a la lógica de la exclusión de uno responde la lógica de la exclusión del otro. Tras el 11-S, los referentes de sentido de los norteamericanos se enfrentaron con la construcción *mitológica* de su imaginario nacional. La representación totalizadora de su sistema de vida era atacada en su corazón simbólico, cuestionando sus referentes de sentido. El caos simbólico experimentado por la conciencia nacional se proyecta como caos mundial; este subtexto está en la *Carta de América*¹ de un grupo de intelectuales norteamericanos. Funda una *lógica de la representación constituyente*. La narración mítica del origen de los pueblos construye la articulación de sentido que confiere orden, como *advenido* sobre el caos. El orden advenido se explica narrando su génesis. Su analogía estructural es; allí donde estaban las Torres Gemelas está la “zona cero”, sobre sus ruinas se debe *reinstaurar* pues el nuevo orden nacional. Los intelectuales hablan a sus compatriotas y al mundo desde una *meta-posición* que no deja lugar para la discusión racional de los principios proclamados; cabe *restaurar* el discurso de la “guerra justa”. La operación mítico-ideológica de la *Carta* es la reacción ideológica inconsciente al ataque terrorista desde la cultura dominante en Estados Unidos. A su vez, la narración de los terroristas guarda un paralelismo formal estre-

cho con los mitos del génesis y el modo en que advinieron las sociedades islámicas sobre el desorden primigenio.

La respuesta del Presidente Bush a la acción terrorista se ajusta a esta interpretación al usar un lenguaje apocalíptico ante el caos advenido. Sólo cabe una respuesta, la “guerra justa”. Quesada, afirma que en el discurso presidencial se transita desde el “mito del génesis” de la *Carta*, al “mito de la soberanía” de *La estrategia de seguridad nacional de los Estados Unidos*², en la que se proponen “*las intervenciones preventivas*” para hacer la guerra al terrorismo global. El mito de soberanía articula la narración estableciendo al soberano como resultado de la victoria militar. La voluntad del soberano ha de organizar el orden que corresponde a su sociedad, y ha de ordenar el que corresponde al resto de sociedades. El mito de soberanía apela al lugar de lo sagrado de la política y *cierra el paso* a su secularización y a su democratización. El discurso argumentativo es relegado y la democracia pierde la capacidad de instituir sentido.

IV) Tras la caída del Muro, con la expansión de la globalización neoliberal, “estamos viviendo una nueva época de violencia antropológica sobre el individuo, con una reconocida anomia social y un colapso de formas de vida” (Pág. 87). El propugnado Estado liberal muestra su violencia al forzar la realización del supuesto antropológico del individualismo posesivo y la generalización de las relaciones capitalistas. La globalización puede leerse como quiebra del derecho público moderno (Ferrajoli) frente a la desregulación propiciada por los capitales transnacionales privados. Como pérdida de garantías de derechos sociales, debilitando la ciudadanía y vaciado el espacio público, elementos articuladores de las democracias modernas. El declive de la clase obrera no se sustituye por agentes equivalentes (Castel) en el impulso de la eman-

¹ Etzioni y otros: “Por qué luchamos. Carata de América”. En instituto de los valores Americano. Nueva Cork, febreo 2002.

² President of the United States (2002); *The National Security Strategy of the United States of America*. Ed the White House. Washington.

cipación social. La transformación de la condición salarial en la era global conduce al fraccionamiento y descolectivización de los comportamientos, abocados a la individualización. Aunque las causas sean sistémicas, el fracaso incumbe a la “culpable” incapacidad personal. Los proyectos utópicos modernos se basaron en la sociedad del trabajo. La globalización neoliberal debilita el imaginario político moderno.

V) Quesada apuesta por la articulación de un *tercer imaginario político secular*, para lo cual interpela sobre el lugar de la filosofía en su relación con la democracia en la era actual. La *pluralidad* de lenguajes en las sociedades multiculturales plantea el carácter *mediado* de la razón y destaca la imposibilidad de cualquier principio que ofrezca un sentido histórico-social totalizador. La razón crítica en un mundo plural de culturas y lenguajes ha de proceder interrelacionando discursivamente de manera falible las diversas formas de vida. No existen posiciones de razón privilegiadas desde las cuales un principio o una cultura configuren el sentido democrático para las demás. La tradición occidental no puede aducir privilegio, neutralidad o superioridad, en la construcción democrática, plural, discursiva y falible.

El ciudadano de una sociedad democrática es un *hermeneuta* en la continua y *recíproca praxis comunicativa* que tiene lugar en el espacio público. Para la tradición democrática, el *momento ético-político* de la democracia como forma de vida tiene el potencial de dar forma democrática a las necesidades y configurar políticamente la identidad y voluntad colectiva. Las relaciones de poder son *transversales* a los diversos ámbitos de relaciones sociales.

La libertad individual es un logro político democrático fruto de la mediación por la socialización en el orden político-social en libertad, no un atributo pre-político basado en la naturaleza humana, o en un principio de la razón práctica. La libertad de los individuos se desarrolla en *contextos* de vida, virtudes e instituciones democráticas, no los precede sobre la base de principios previos exteriores a las propias prác-

ticas e instituciones democráticas. En este sentido, las demandas del feminismo han planteado un reto a la democracia tal como la ha forjado la modernidad, exigiendo la ilustración de la misma Ilustración. Es decir, aplicando la crítica a la invisibilidad de la mujer en el espacio público liberal-representativo, promoviendo un renovado impulso emancipador que cruza transversalmente todas las dimensiones sociales y políticas de la vida social, trastocando el sentido de la separación privado-público que apuntala el predominio de la razón patriarcal. La democracia a instituir que impulsa el feminismo propone eliminar y reconceptualizar la heterodeterminación de género realizada por los varones en todos los ordenes de la vida social. Sitúa así sobre una base teórica y práctica uno de los sentidos básicos del tercer imaginario político laico y democrático.

Bernat Riutort Serra

Profesor de Filosofía Moral y Política de la UIB

MIGRACIONES TRANSNACIONALES Y MEDIOS DE COMUNICACIÓN. RELATOS DESDE BARCELONA Y PORTO ALEGRE

Denise Cogo, María Gutiérrez y Amparo Huertas (Coords.)

Catarata, Madrid, 2008

164 páginas

Los estudios sobre “recepción mediática” constituyen un campo de investigación prolífico que ha contribuido a enterrar para siempre la ingenua idea de que los medios de comunicación eran fábricas de transmisión de ideología sobre receptores vulnerables y acríticos. Las extensas redes de significados que se despliegan durante el proceso de recepción han sido objeto de

estudio desde que perspectivas como la de los “usos y gratificaciones” (Katz, Lull) o los Estudios Culturales (Hall, Williams, Martín Barbero) alertaran sobre la capacidad de las audiencias para ejecutar “zapping atencional” (Lash), reapropiarse de los mensajes y construir significados nuevos o incluso contrarios a los perseguidos originalmente por los emisores, como bien aseguraba hace unos años Néstor García Canclini en uno de sus artículos más conocidos: “El consumo sirve para pensar”. De hecho, los seres humanos interpretan los mensajes, no sólo de forma inconsciente y subliminal, sino de acuerdo a un conjunto de necesidades y deseos, muchas veces racionales, que, a su vez, tienen que ver con identificaciones de clase, género, edad o etnia.

Más innovador es sin embargo el estudio de los procesos de “recepción intercultural” que hoy acontecen en las “sociedades transnacionales”, aquellas en las que se interrelacionan más de un territorio y que se caracterizan por el cruce constante de fronteras nacionales y por relaciones sociales multidimensionales. Es ahí donde radica la originalidad de un volumen aparecido recientemente y coordinado por los profesores de la Universidad Autónoma de Barcelona y de la Universidade do Vale do Rio dos Santos (Brasil), que sintetiza más de dos años de investigación sobre la base de 140 entrevistas realizadas a migrantes latinoamericanos y europeos que residen respectivamente en Barcelona y Porto Alegre, dos ciudades “hermanas” que se han caracterizado por ser pioneras en la organización de eventos relacionados con la cultura y el desarrollo: el Foro Social Mundial de Porto Alegre (2001, 2002, 2003 y 2005) y el Primer Forum Universal de las Culturas (2004).

La intención del trabajo no es otra que la de analizar cómo los inmigrantes de ambos lados del Atlántico configuran y recrean su identidad cultural, sus relaciones sociales o sus estilos de vida a partir de la recepción y negociación simbólica de los mensajes que les ofrecen los medios. Pero “Migraciones transnacionales y

medios de comunicación” no es un simple análisis de contenido de productos informativos dirigidos a este “target” específico –más habitual en los estudios de comunicación contemporáneos–, sino que se adentra en el papel de las industrias culturales en tanto que (re) configuradores de imaginarios, valores e identidades en un marco mundializado y complejo.

La investigación toma como punto de partida el innovador concepto de “ciudadanía comunicativa” (Da Mata, Garretón, Hermosilla), para hacernos comprender que la noción de “ciudadanía” no es sólo una categoría jurídica o institucional “objetiva”, sino que constituye una instancia “subjetiva”, híbrida y heterogénea, que se crea y se recrea a partir de procesos de representación y transmisión cultural. Este tipo de ciudadanía viene a completar el célebre esquema de “conquistas de derechos” de Thomas H. Marshall –ciudadanía civil (s. XVIII), política (s. XIX) y social (s. XX)–, atrapado desde hace algunos años en los límites del Estado-nación y en una concepción demasiado proteccionista y pasiva del derecho. Los cambios en el escenario social de los últimos tiempos (post-industrialización, post-fordismo, crisis ecológica global, sociedad de la información, auge de la identidad y la cultura, etc.), nos impelen a apostar por una “ciudadanía emancipada” (Bostelo), que tenga en cuenta la capacidad de “agencia” (Sen) de los ciudadanos para transformar la realidad a partir de sus recursos materiales y simbólicos, así como de nuevos marcos legales, aún en construcción, referidos al cuidado del entorno y las prácticas de la subjetividad y la cultura (Reguillo).

Pero la “ciudadanía comunicativa” se construye no sólo a partir del acceso y uso de los medios, sino mediante la participación e incluso auto-gestión de procesos comunicativos públicos y privados, una dimensión por la que aboga el “derecho a la comunicación” (D’Auby), aún no recogido en ningún tratado internacional –la Declaración Universal de Derechos Humanos sólo reconoce el “derecho a la información”–, pero que, en caso de ser legislado, facilitaría la

descentralización del poder/discurso y una conquista plena de la “esfera pública” por parte del ciudadano –no sólo de derechos concedidos por un Estado benefactor, a la manera de Marshall–.

El libro se estructura en dos partes diferenciadas, que cuentan con tres capítulos cada una. La primera, “Historias personales que cruzan fronteras”, profundiza en factores generales concernientes al proceso migratorio: los motivos/deseos que subyacen en la decisión de abandonar un país –los “proyectos migratorios” a los que refiere uno de los autores del texto, Denise Cogo-; la percepción que el migrante tiene de su identidad o de su estatus como ciudadano en el nuevo país; el proceso de acogida y la reapropiación de la cultura de la localidad receptora; la relación expectativas/vida-lograda; etc. Las conclusiones en este sentido resultan reveladoras. Los migrantes no abandonan sus países de origen únicamente por dificultades políticas o económicas. En muchas ocasiones factores inmateriales como el deseo de conocer otras culturas, el afecto por los amigos o familiares que partieron, o la idealización de los estilos de vida foráneos, pueden llegar a ser tan influyentes como los primeros.

Una vez en el país de acogida, el estudio apunta a que los procesos de identificación son cualquier cosa menos algo fijo y estático. Constituyen más bien una “identidad intercultural” y “en transición” –de acuerdo a la terminología de Hall y Martín Barbero-, que fluctúa entre la identificación con valores del lugar de origen –comida, música, tradiciones, fútbol, relaciones afectivas, etc.- y del nuevo emplazamiento. Y es tal vez por este sentido de “identidad diaspórica” por lo que la investigación arroja conclusiones muy relevantes cuando analiza la forma en que los desplazados se autodefinen en el país de acogida. Los entrevistados no se consideran a sí mismos inmigrantes, máxime cuando llevan un tiempo residiendo en el país de acogida y han regularizado su situación; y se contabilizan hasta 25 términos diferentes en la auto-definición del rol ciudadano: turista, residente, legalizado, regularizado, irregular, visado temporal,

etc. La propia condición de migrante parece propiciar una cultura híbrida, relativista y en constante mutación, de la que dan fe un sinfín de testimonios recogidos en el libro: “Soy ciudadano del mundo. Será un cliché pero yo me siento ciudadano universal. ¿Será porque he vivido en tantas sociedades, que no me siento arraigado en ninguna?”. Por otra parte, el estudio apunta a que los comienzos de la vida en el país suelen ser complicados, puesto que muchos migrantes tienen dificultad para dar continuidad a sus estudios o para realizar actividades profesionales acordes con su formación; pero parece que con el tiempo el proceso migratorio acaba convirtiéndose en una experiencia positiva, que no sacia todas las expectativas previas pero que colma algunos ideales de vida.

La segunda parte del libro, “La migración ante la sociedad de la información desde la perspectiva de la recepción mediática”, aborda específicamente el proceso de recepción y cómo la relación “mediada” del migrante con las localidades de origen da sentido a la vida en el nuevo contexto. El primero de los capítulos profundiza en los factores que motivan una estrecha relación diaria con los medios. Las razones son múltiples, pero destacan especialmente: la “condición de ciudadanía transnacional” –es decir, mantener vínculos con los allegados o buscar información sobre su país originario-; el “deseo de integración” -conocer la cultura e historia del país de acogida-; y, por último, la “necesidad de buscar formas de ocio de bajo coste”. Los medios más consumidos por los migrantes son la televisión y la prensa, sobre todo la gratuita y aquella que ofrece “información de servicios” -ofertas de empleo, vivienda, etc.-. Mención aparte merece el creciente uso de nuevas tecnologías como Internet y el correo electrónico –especialmente en espacios de uso colectivo como los locutorios-, o la preferencia del video o el DVD a las salas de cine, como alternativa más económica y no condicionada a los horarios de emisión.

Asimismo el volumen dedica un capítulo a analizar la percepción que los migrantes tienen

acerca del tratamiento de la cuestión migratoria por parte de los medios. Los resultados en este sentido resultan alarmantes. Cuando se solicita a los entrevistados que evoquen algún mensaje mediático en el que aparezca la migración, sus recuerdos apelan a un imaginario asociado a la violencia, la pobreza, o a los mil veces denunciados estereotipos geográficos. La mayoría de los migrantes no se auto-reconoce en la imagen que de ellos proyecta los medios, por lo que reclama un discurso más plural y humanizado, que incida en la experiencia de la inmigración y las historias de vida que esta genera.

El libro se cierra con un innovador capítulo dedicado a analizar la influencia de los medios en la conformación de identidades suprarregionales –Unión Europea y Mercosur-. En este caso, las diferencias son sustanciales a uno y otro lado del Atlántico. La Unión Europea parece estar más interiorizada y mejor valorada por el migrante que la coalición sudamericana. El apartado concluye apelando a enfatizar el papel de los medios como creadores y reforzadores de nuevas identidades transnacionales –europea, latinoamericana, etc.-, que convivan sin conflicto con las de los lugares de origen y destino del migrante.

En conclusión, nos encontramos ante un material altamente recomendable para todos aquellos que deseen una aproximación compleja a la cuestión migratoria a través de la visión de sus propios protagonistas y un acercamiento al “Otro” desde la compleja trama de identificaciones que diariamente modulan los medios. El texto apela en definitiva al ideal de una sociedad comunicada y autónoma, siguiendo tal vez los sabios consejos del primer “globalista” de la historia, Heródoto, quien hace más de 2.400 años percibió que los mundos son muchos “y que cada uno es único e importante. Y que hay que conocerlos porque sus respectivas culturas no son sino espejos en los que vemos reflejada la nuestra”.

Alejandro Barranquero
Investigador del CIP-Ecosocial

LA NUEVA IZQUIERDA EN AMERICA LATINA

Daniel Chavez, Cesar Rodríguez Garavito, Patrick Barrett (eds.)

Ed. Catarata

Madrid, 2008

376 páginas

Durante los últimos años estamos asistiendo a un proceso de reconfiguración del mapa político en América Latina. En la actualidad diversas fuerzas de “izquierda” están accediendo a gobiernos municipales y nacionales, al mismo tiempo que los movimientos sociales del continente van recuperado un fuerte protagonismo a la hora de ir definiendo la agenda política. El presente libro supone un esfuerzo colectivo por comprender y sistematizar las transformaciones que se han venido sucediendo, tanto a escala nacional, como continental. Es un intento de presentar las características comunes, las diferencias y los debates que permean la “nueva izquierda latinoamericana”, con la importancia que tiene recuperar la afirmación que hacen los coordinadores al señalar que el adjetivo nuevo tiene una función descriptiva, no valorativa, lo cuál no impide a los diferentes autores posicionarse sobre el grado de alternativa a las políticas neoliberales que suponen bien los casos nacionales, bien algunas cuestiones analizadas en conjunto.

La exigencia de superar la mirada colonial sobre América Latina que permea este libro, no sólo se refiere a los posicionamientos y los cursos analíticos con los que se están analizando las transformaciones actuales en el continente (respecto a los cuales encontramos numerosas alternativas en este trabajo colectivo), también tiene que ver con la necesidad de conocer realidades que en nuestro entorno resultan muchas veces silenciadas, simplificadas o directamente manipuladas. Frente a estas tendencias, este libro se convierte en un recurso muy útil.

Los autores del libro identifican algunos elementos que fueron minando la credibilidad de

las posturas liberales en la región a lo largo de la década de los 90: efectos de la aplicación de las políticas de ajuste estructural y las sucesivas crisis económicas, el descrédito progresivo de los partidos tradicionales, la aparición de nuevas figuras sociales (indígenas, campesinos, parados...) o la emergencia del movimiento antiglobalización.

La recomposición de la izquierda y de los movimientos sociales latinoamericanos ha supuesto una importante reorganización política después de lo que simbólicamente conllevó la caída del muro de Berlín; el *There Is Not Alternative* difundido por Margaret Thatcher, o la declaración del Fin de la Historia de Fukuyama. Destacan, entre otras cuestiones descritas, los cambios en su composición, integrando nuevas figuras sociales cuyas demandas “rebasan los temas específicos de la igualdad económica y la democracia, incorporando a estas reivindicaciones clásicas agendas diversas relacionadas con la etnicidad, el género, la raza y otras fuentes de desigualdad”.

Según los coordinadores de libro, los rasgos principales de estas experiencias serían;

- Pluralidad de estrategias y articulación de formas organizativas descentralizadas: Desbordada la forma clásica de organización del partido vanguardista que exigía una suerte de unidad teórica y programática. La actual izquierda se reconoce en su pluralidad, fomentando coaliciones de distintos partidos, grandes coordinadoras de movimientos sociales, encuentros donde construir agendas de referencia común. Además conviven iniciativas electorales, con la promoción de espacios de encuentro de movimientos sociales y administraciones locales (Presupuestos Participativos) y movimientos que priorizan los procesos de autogestión social.
- Multiplicidad de bases sociales y agendas políticas: La imposibilidad de que la complejidad de la realidad social sea representada por un único sujeto colectivo ha conllevado la emergencia y reconocimiento de nuevas figu-

ras sociales (parados, campesinos, indígenas, minorías sexuales...). Grupos diversos y heterogéneos con bases sociales diferenciadas que han promovido el ir más allá del objetivo básico de la promoción de la igualdad socioeconómica, buscando el reconocimiento de las diferencias y su inclusión en las agendas políticas.

- Relieve de la sociedad civil: Resignificar políticamente otros espacios más cotidianos y convivenciales, ensanchando el ámbito de lo político más allá de la intervención en el Estado, es un fenómeno global que ha dado alas a la ambigua y recurrente fórmula de sociedad civil. Abriendo un debate en torno a la tarea de transformar el Estado o incidir en la democratización de la sociedad civil como espacio para la movilización.
- Reformas: La tensión del siglo pasado entre reforma y revolución, actualmente parece congelada ante la consolidación de la primera opción. Reformas en un sentido amplio, que van desde cambios legislativos puntuales a procesos constitucionales, apuntando hacia lo que Andre Gorz llamaba “reformas no reformistas”.
- Profundizar la democracia: La insatisfacción con la democracia realmente existente es un hecho, la apuesta es realizar procesos de democratización de la democracia. Iniciativas institucionales de encuentro con la sociedad (Presupuestos Participativos, Comités Barriales...) o no institucionales que apuntan hacia la autonomía y el autogobierno comunitario (zapatismo mexicano, Consejos Indígenas, Asambleas Barriales...).

El segundo bloque de contenidos del libro se centra en presentar las experiencias de distintos países como Brasil (F. Sánchez, J. Machado Borges y R. M. Marques), Venezuela (E. Lander), Colombia (C. Rodríguez Garavito), Uruguay (D. Chavez), Bolivia (L. Tapia), México (A. Bartra) y Argentina (F. Schuster). Presentando los elementos más significativos de su genealogía reciente y un completo reco-

rrido que muestra cómo “dados sus diferentes puntos de partida, índices de desarrollo económico, posición en la economía global y estructura institucional, los países que han girado a la izquierda recorren rutas diversas”. Diferencias que ayudan a presentar no sólo las conquistas, sino los retos más significativos a los que se enfrentan las diferentes iniciativas nacionales. En este sentido, resulta necesario destacar que estos estudios, además de recoger muchos de los avances que están suponiendo los gobiernos o las estrategias progresistas de esta “nueva izquierda”, no evitan poner sobre la mesa los debates más significativos que se están dando en el seno de las izquierdas nacionales.

De este modo en el libro aparecen desafíos metodológicos muy significativos para la investigación socio-política, sirva como ejemplo el debate que plantea el caso Venezolano sobre la cuestión del populismo como categoría analítica o los múltiples debates que se plantean sobre las transformaciones del significado y las formas de concreción de la idea de ciudadanía.

La interacción entre Movimientos Sociales, Gobiernos y Partidos Políticos es otro de los ejes que recorre los estudios nacionales, así como los diferentes capítulos de síntesis. La diversidad de experiencias recogidas, permite analizar casos en los que se dan relaciones muy diversas. Entre los ejemplos que podemos destacar están: la polémica durante las pasadas elecciones mexicanas entre la apuesta de “la otra” del EZLN y la candidatura del PRD; las diferentes relaciones del gobierno de Kirchner con los movimientos sociales más significativos en Argentina, que van desde el reconocimiento de demandas históricas, hasta estrategias de desmovilización; o el caso boliviano, ilustrando no sólo las relaciones del MAS, sino prestando atención también, a algunas de las experiencias recientes más “innovadoras” como la Coordinadora por el Agua y por la Vida de Cochabamba, que “representa la convergencia de nuevas formas democráticas de movilización social, que son centrales en la nueva izquierda”.

Las descripciones históricas de los casos nacionales, permiten rastrear la génesis de formaciones como el Partido de los Trabajadores en Brasil, o el Frente Amplio en Uruguay, y cómo han ido evolucionado hasta la actualidad. También permiten ver que casos como el del PT sirvieron de ejemplos a otras formaciones en América Latina, y que otras formaciones siguieron caminos distintos. Sobre las “contaminaciones” o “traducciones” entre historias nacionales, el análisis del caso colombiano plantea que “la izquierda colombiana ha puesto en práctica la misma estrategia de progresión por escalas, desde el nivel local, pasando por el regional, hasta el nacional, que caracterizarán el ascenso del PT y del FA. No es casual que al ganar las elecciones Garzón [alcaldía de Bogotá] anunciara que se implementarían tres políticas que siguen de cerca las experiencias exitosas del PT en Porto Alegre: la democracia participativa, la lucha contra el hambre y la creación de un Consejo Económico y Social”. En este sentido hay que destacar, también, el análisis sobre la experiencia del gobierno de izquierda en la ciudad de Montevideo que aparece en el análisis del caso uruguayo.

Siguiendo uno de los argumentos recogidos en la introducción, donde se señala que “el camino seguido por varios Gobiernos “progresistas” estaría sugiriendo que la reconstitución de la izquierda latinoamericana ya no está definida por cambios radicales en las políticas institucionales o macroeconómicas, sino por la puesta en marcha de reformas sociales”, políticas y programas como Fame Zero, las Misiones venezolanas, el Plan de Atención Nacional de Emergencia Social uruguayo u otros, son vistas a lo largo del libro. Análisis que se acompañan de la contextualización de dichas políticas en una situación económico-nacional, y de la reflexión sobre los márgenes de autonomía de cada uno de los países analizados en términos macroeconómicos.

Como tercer bloque de contenidos, el libro recopila varios textos de análisis comparativos, teóricos y orientativos de las tendencias que

puede seguir esta nueva izquierda en los próximos años. Unas tendencias que Atilio Boron sitúa en dos esferas críticas en relación a la construcción: las políticas neoliberales y la esfera de la democracia.

Juan Carlos Monedero, señala no sólo que “las categorías de análisis de la ciencia política también necesitan una discusión política”, sino que además concreta esa discusión en aspectos tales como la multiplicidad de sujetos políticos para y dentro de las actuales transformaciones nacionales e internacionales que esta viviendo el continente, las transformaciones en los sistemas de partidos clásicos, y los debates que se están generando en torno a la construcción de los partidos únicos.

Por último, B. Sousa Santos en su texto *Pluralidades despolarizadas: una izquierda con futuro*, enfrenta la problemática de la “ceguera recíproca de la práctica en relación con la teoría y de la teoría en relación con la práctica se produce, por un lado, una subteorización de la práctica y, por el otro, una irrelevancia de la teoría”. Lo hace presentando la idea de las pluralidades despolarizadas, lo que supone diferenciar entre las cuestiones productivas e improductivas: “Son productivas las cuestiones cuya discusión tiene consecuencias directas en la concepción y desarrollo de la acción colectiva y en las condiciones en las que tiene lugar. Todas las otras son cuestiones improductivas y, sin que sean necesariamente desdeñadas, deben dejarse en un nivel de indecisión o estado de suspensión que abra el espacio para diferentes respuestas. Muchas de las cuestiones que apasionaron a la izquierda en el pasado y llevaron a las más conocidas polarizaciones no pasan hoy esta prueba y deben, por ello, considerarse improductivas”. En la segunda categoría, Sousa Santos engloba el debate sobre el socialismo, reformismo o revolución, y la de si el Estado es o no un objetivo relevante. Mientras, como cuestiones productivas, aparece de nuevo el rol del Estado (como aliado o enemigo) junto con debates sobre la escala de las luchas, las formas de acción o el binomio igualdad- diferencia. El

espacio del Foro Social Mundial, como un espacio desde el que pensar muchos de estos debates ocupa una posición privilegiada en los planteamientos de este autor.

Una obra que no sólo ofrece un panorama sugerente y estimulante sobre “la nueva izquierda en América Latina”, sino que leída desde aquí debe de interpelarnos en clave de múltiples preguntas: ¿Qué innovaciones institucionales y sociales son traducibles a nuestra realidad?, ¿Cómo realizar dicha transferencia de saberes y experiencias?, ¿Cómo replicar el almacén de esperanzas que actualmente es América Latina?...

Alfredo Ramos Pérez y José Luis

Fernández Casadevante

Son miembros de AYNIS.COOP.MAD